

ARETE. Vol. IV. Nº 1. 1992

ANALISIS, SOBREDETERMINACION, NARRACION

Max Hernández

Psicoanalizar. Palabra, concepto y praxis definen menos una voluntad que un deseo. Conocer, por vía de la interpretación la verdad de otro deseo. La interpretación facilita el *insight* cuyos efectos van más allá de la palabra. Las relaciones entre el sujeto, su deseo, el otro, lo permitido y lo posible, se modifican. Nuevas significaciones advienen. Conocimiento y curación son correlatos de una actividad significada por la palabra. No siempre se tiene esto presente. Se oscila entre el desconocimiento del papel central del lenguaje y la exasperación de su culto. Un tema, bastante común al parecer, referido a los momentos en los que la historia, la cultura y la escritura europeas iniciaban su periplo de alcance planetario ha de permitirnos alguna reflexión a la que pueda convenir el nombre de psicoanalítica. Me he de referir a la versión que el Inca Garcilaso de la Vega, cronista cuzqueño, intercala en su libro, los *Comentarios Reales de los Incas*, publicado en la península ibérica el año de 1606. El la llama “cuento gracioso”. Allá va, obviamente resumida.

Un conquistador, apellidado Solar, avecindado en Los Reyes (Lima), tenía una heredad en Pachacamac. El capataz español que miraba por ella envió, por intermedio de dos indios, diez melones —fruto de las primeras semillas plantadas en esta tierra— y una carta. Al entregársela les advirtió que no comieran ningún melón pues si lo hicieren, ésta lo habría de decir. A media jornada uno de los indios quiso saber a qué sabía la fruta del amo. El otro, temeroso, dijo que no debían hacerlo porque la carta lo diría. El primero puso la carta detrás de un paredón; así al no ver lo que se disponían a hacer, no podría decir nada. El autor recuerda que los indios del Perú no sabían lo que eran las letras. Imaginaban que las cartas que los españoles se escribían unos a otros eran una suerte de mensajeros o espías que decían de palabra lo que veían por el camino. Comido el primer melón, decidieron que era conveniente emparejar las cargas. Así, para ocultar su delito, comieron otro melón. Llegados a Los Reyes presentaron los ocho melones al encomendero.

Este, luego de leer la nota, preguntó por los melones que faltaban. Dado que negaron la falta, les señaló que mentían pues la carta decía que fueron diez los melones y que “habían comido dos”. Al ver que el amo les dijo lo que habían hecho a escondidas no supieron contradecirlo y salieron diciendo que, con mucha razón, llamaban a los españoles con el nombre de *Viracochas*, pues alcanzaban tan grandes secretos.

A partir de una “transferencia” de nuestros puntos de vista e hipótesis¹, leemos el texto. Es menester no dejarse atrapar por lo leído, escuchar sin caer en la fascinación de la letra. De primera intención, nos tropezamos con que el autor puede ser un doble de quien ha elegido analizar su texto. Estamos en el terreno de lo *Umheimlich*. Una relación transitiva y especular, recíproca y reversible, antecede el momento en que se podrían establecer mediaciones. Por ahora nos limitamos a consignar este asunto crucial. Si la interpretación del texto supone una necesaria implicación de quien la efectúa, llevarla a cabo exige una elaboración de las complicaciones que difuminan los ámbitos del autor y del intérprete.

Desde la perspectiva técnica, Freud recomienda que se asuma una actitud que complementa la atención libre flotante. Insta al practicante del análisis, a que confíe en su memoria inconsciente; no debe esforzarse por recordar lo ocurrido. Las sugerencias prácticas se corresponden punto por punto con dos aspectos de un asunto capital con el que lidiaba desde que redactó el *Proyecto* ... de 1895. Entonces, para pensar en el funcionamiento psíquico hubo de concebir un *aparato*, es decir, el modelo de un sistema psico-físico que diera cuenta, al mismo tiempo, de lo indeleble del registro y de lo inalterable de la sustancia receptora. En el planteamiento teórico elaborado en el *Proyecto* se trata de procesos llevados a cabo por la organización neuronal; en la propuesta técnica, de funciones que corren a cargo del analista. Este, entregado a la atención libre flotante, puede despreocuparse de anotar lo que ocurre durante la sesión. El registro queda encargado a la memoria inconsciente. El analista no realiza otro esfuerzo que el de estar dispuesto a recoger un “saber” a través de su sensibilidad. Desde su lugar, lo anotable, antes de serlo y poder ser registrado, es palabra escuchada. Conviene señalar que el

1. Utilizo el término empleado por Freud en *El múltiple interés del psicoanálisis*. Es cierto que no tiene en el contexto el significado preciso que Freud daba al término contemporáneamente. Sin embargo, eligió utilizarlo al referirse a la extensión del psicoanálisis más allá del campo en que lo definía, el de la clínica.

artículo de Freud imprime una inflexión. Más que la palabra, el analista debe captar al paciente, o para ser precisos, “lo inconsciente emisor”. Para ello ha de usar su propio inconsciente “como el receptor del teléfono respecto al emisor”. Tras la imagen modernista, se insinúa una estructura dialógica en la cual se privilegia la palabra y se suprimen los hechos contextuales: la voz está presente pero ausente el interlocutor.

Dos actos de escritura, el del “cuento gracioso” y el de la carta, no figuran en el texto. Este, resultado del primero, no hace constar el producto textual del segundo. La implicación tiene consecuencias importantes. Lo escrito parece recubrir esa hoja de papel cuya trayectoria y cuyos efectos constituyen su materia. De ese modo se imbrican la sucesión de los acontecimientos y la lógica de la narración. La misiva, cuya letra no es mostrada, es entregada a los cargadores. Con ella, los melones y una orden verbal que supuestamente alude a lo que dice. La lengua escrita es presentada a los indígenas como expresión manifiesta de la censura establecida: como una lengua de represión. Se ha de volver al asunto cuando el amo “lea” el mensaje que le había sido destinado desde que fuera escrito, al margen del relato. La letra escrita precede, por partida doble, a todas las ocurrencias relatadas.

Desde 1896 y de manera más explícita en el capítulo VII de la *Interpretación de los sueños*, el *aparato* contiene varias especies de signos, indicadores y trazas mnésicas. Estos son inscritos, transcritos y traducidos. Digamos —Derrida lo ha señalado— que la escritura, adquiere primacía en el devenir de la construcción teórica. El *Seelischer apparat* llega a “se conformer de plus en plus a una metaphorique de la trace écrite” (Derrida, 1967 p 297). El breve trabajo sobre el block maravilloso disipa toda duda al respecto. En el *setting*, en el momento mismo de la escucha, prima la voz: no hay referencia a traza o grama. Estas están referidas a la memoria inconsciente. Volveremos sobre esto.

Ahora, señalemos otros dos puntos. En la serie de artículos sobre técnica aparece un concepto clínico capital: la transferencia. También, la noción de superficie psíquica. La transferencia en tanto que repetición, está referida a una mnesis amnésica que alberga acontecimientos que no se pueden evocar, solamente repetir². La labor analítica se empieza a partir de lo que la superficie del inconsciente del paciente presenta en un momento dado. Atender tanto a la transferencia cuanto a la superficie psíquica, parece exigir un cierto grado

2. Freud también emplea la palabra *reeditar*.

de disociación de parte del analista. Por una parte debe estar atento a los signos de una memoria sepultada bajo la forma de acontecimientos no mnésicos; por otra, a las ondulaciones de la superficie. El analista se contenta con prestar atención a lo presente en tal superficie. Cuando interpreta lo hace fundamentalmente para reconocer las resistencias y hacerlas conscientes al paciente. La correspondencia que mantienen estas exigencias clínicas y técnicas con la “profunda superficie” del block maravilloso es evidente de suyo.

En la convergencia de la teoría y la técnica, se define el campo en el que interactúan —de manera asimétrica, es verdad— los aparatos psíquicos del analizando y del analista. La situación analítica se constituye en el encuentro de la transferencia y la contratransferencia. No olvidemos una “indispensable ironía” central al hecho mismo de psicoanalizar: “en una situación fundamentalmente dialógica, se invita al paciente a un monólogo continuo” (Leary ...). La sobredeterminación de lo psíquico orienta el flujo de las asociaciones libres y, simultáneamente, se expresa a través de ellas. Una vez iniciado el proceso, todo dato que necesite para su registro de cierta coherencia con el todo desaparece en una diversidad que va *in crescendo*. El conjunto fluye y no parece ofrecer ninguna solidez. Un universo verbal en gestación continua. Lo nuevo perturba todo esbozo de armonía y los trazos que insinúan una configuración obturan la sensibilidad para captar lo nuevo. El ser sufriente, expresivo y hablante que acude a la terapia produce un texto con el que —como descubrirá más pronto que tarde— nunca llega a coincidir.

En nuestro caso el texto está ahí. Leerlo no deja de tener semejanzas con el procedimiento analítico. Como en el análisis se construye y deconstruye un universo afectivo y verbal en permanente formación. En el análisis se trata de un texto evanescente en el cual los nudos que sujetan las formaciones sintomáticas se pueden desatar mediante la interpretación, sin duda lo más específico del acto analítico. Como éste se juega en un campo afectado por la sobredeterminación, es mejor decir las interpretaciones. Estas permiten desandar los pasos que condujeron a la formación del síntoma. El proceso ocurre dentro de una relación cuya tensión exhuma asuntos olvidados. He utilizado una palabra bastante inadecuada: “olvidados”. No fueron almacenados como recuerdos. Quedaron enterrados en el espesor de una vida y afloran a través de lo dicho o no dicho en el encuentro.

Volvamos al relato. El texto ausente de una carta guarda la letra que establece la censura. El marco de la escena excluye el intercambio. La relación es entre el capataz y el amo. Los cargadores indígenas no son reconocidos

como sujetos. No han participado en la redacción del contrato que los compromete. Encerrados en el ordenamiento que la letra simboliza, están obligados a sufrir la voluntad del amo. En un momento, como si pugnase por romper el muro de contención construido con las palabras del capataz y la letra de la carta, irrumpe el deseo. Esto sucede entre *Pachacamac* y “*Los Reyes*”. Exactamente en medio del camino entre el lugar denominado con el nombre correspondiente al antiquísimo adoratorio de un dios andino vigente aún en tiempo de los Incas, y la ciudad fundada por Pizarro y designada así en honor de los soberanos de España. Los aborígenes, antiguos dueños de la tierra, ahora siervos, desean saborear la nueva fruta: saber a qué sabe. La reminiscencia bíblica parece imponerse de suyo. Una escena primordial en la cual otro fruto, prohibido de otra manera, se halla en el centro de otro texto desde el cual convoca los deseos de la pareja originaria de la tradición judeocristiana. No ocurre así en el relato que tenemos entre manos. Los personajes son dos “indios”, nombrados con el vocablo que surgió del colosal error que permitió a un europeo descubrir el nuevo continente en el que —sea dicho de paso— creyó atisbar el Paraíso Original. Uno de ellos le habla al otro, que no se diferencia en nada de él. Se preparan para probar la fruta prohibida, para poner a prueba la letra.

Las semillas llegadas de España germinaron en Pachacamac. Ya hemos hecho referencia al topónimo. La palabra “heredad”, que evoca sucesiones y herencias, designa en el relato las tierras de conquista que habían sido “encomendadas” al español Solar. El apellido —que bien sabemos es asemántico—, se afilia a través de la homonimia del vocablo con tramas seculares. Por un lado alude a lo que pertenece al Sol, el dios *Inti* del culto imperial incaico. Por otro, a la porción de terreno en el que en España se edificaban las casas de los linajes nobles. Ambas referencias cargan de semantismo el nombre propio del conquistador, encomendero de tierras e indios. Un complejo juego de oposiciones genera la tensión del campo en cuyo interior los deseos toman por objeto a estas frutas, tan mestizas —o tan criollas— como el propio autor.

El cuidado del campo de labranza ha sido encomendado a un capataz que como doble del amo, vela por la tierra encomendada, las cosechas y los indios. Como el amo representa la ley. Su poder se expresa en la interdicción verbal. Como hemos visto, la fórmula de modo tal que parece aposentarse en las letras escritas sobre el papel dirigido al amo. Más que transgredir un código los indígenas pretenden burlar la prohibición colocando la carta detrás de una pared. El relato se interrumpe para dar paso a una interpolación. El

narrador se hace presente en el relato. En medio del texto, al igual que los dos cargadores indios, se encuentran el autor y el lector. Uno refleja al otro. Es necesario reestablecer una mediación, apelar al símbolo.

El Inca Garcilaso señala que los indios del Perú no sabían lo que eran las letras e imaginaban que hablaban lo que veían en el camino. El valor simbólico de la letra escrita parece serles inaccesible. La digresión evoca una asociación inevitable: el encuentro entre el Inca y el conquistador. Los españoles traían el libro. La palabra impresa de un dios cuya tradición se conjugaba con la de la escritura. Atahualpa, soberano de un imperio de tradición oral, arrojó el libro por tierra. Las huestes del Apóstol Santiago arremetieron. La conquista toda cabe en la digresión del narrador. La carta es puesta detrás del muro; como si se tratara de reprimir el vehículo de la represión. El muro divide al campo en dos, el de la letra ciega y el de la acción sin testigos. De inmediato los indígenas deciden probar las frutas. El primer melón enciende el deseo, ya marcado por la letra. El temor al castigo eclipsa el instante siguiente. El segundo melón no imanta los deseos, aparece como una evidencia indeseable. Es apenas un resto que debe desaparecer. Se trata de un efecto de la repetición: por ocultar un delito “hicieron otro mayor”. Al llegar a Los Reyes, se oye la voz del amo. El texto de la carta, aparte de la referencia a los diez melones, tampoco aparece. En lugar de la letra las voces de los españoles resuenan en medio del mudo asombro de los indígenas. No de otro modo irrumpió en los Andes la tradición escrita sobre la oral. Hemos de volver sobre este punto.

El relato de Garcilaso no resulta inteligible sin acudir a hechos ocurridos en la conquista. Tomarlos demasiado en cuenta impide que sus connotaciones se puedan poner entre paréntesis. La atención libremente flotante parece tropezar en cada alusión histórica. Resulta casi imposible seguir los consejos técnicos de Freud. El “efecto adormecedor de la realidad” se deja sentir. Podría pensarse que, como ha dicho Foucault, habría que referirse menos al modelo de la lengua y de los signos que al de la guerra y la batalla. “[L]a historicidad que nos arrastra y nos determina es belicosa; no es *langagière*” [...]. El texto del Inca parece estar arrastrado por una doble corriente: belicosa y *langagière*. El peso de la carga hace de los cargadores siervos, instituye los efectos de desconocimiento y activa los procesos de idealización. En suma, hace dioses a los vencedores.

La carta destinada al amo termina por idealizarlo. En español, cabe recordarlo, no está en uso la sinonimia letra/carta como en otras lenguas. En el relato, los aspectos literales de la carta, aquellos visibles tan sólo en la orga-

nización de lo escrito no están expuestos. La estrategia narrativa confiere preeminencia a expresiones verbales que trastocan el sentido literal. No se reproduce lo que registró, mediante la escritura fonética, el capataz. Las palabras del encomendero no se refieren a esa inscripción previa a los hechos relatados; hacen eco a la culpa cuya insistencia está en la base de la repetición del acto. Resuenan como la réplica de una mala conciencia; calcan los trazos que el acto ha dejado en la memoria de los cargadores a quienes se les revelan como una transfiguración sonora del registro mnémico. Al decir que “habían comido dos” melones, se pone en evidencia la identificación del amo con los indios. A partir de ella “sabe” que se comieron los melones. Así pudo “escuchar” el diálogo de los indios.

La correspondencia entre el interior de la conciencia de los cargadores y las palabras del amo, en tanto que es resultante de la identificación, es inmediata e isomorfa. No ocurre así con las relaciones entre la escena del camino y lo escrito, en la carta y en el relato. O sea, entre el drama y lo que podríamos denominar, por conveniencia, pre-escritura y *post-scriptum*. Aquello que correspondería a lo vivido por los indígenas es sometido al contexto significativo propuesto por la “lectura” trucada del amo. Ese trozo de papel que los signos de la escritura fonética han organizado —antes de darse inicio al relato— como un espacio cifrado, al desplazarse permite que se construya el espacio narrativo. Ahora bien, por un simple acto de sustracción se puede acceder, *grosso modo*, al contenido de la carta. Hay que evitar caer en la fascinación de los indígenas o en la posición del amo para efectuar la lectura del texto escrito. Este se puede proyectar (en el sentido geométrico del término), sobre el trecho del camino que expresa espacial e históricamente la distancia que media entre los prestigios ya vacilantes de Pachacamac, oráculo de una tradición oral, y los poderes de las armas y las letras coloniales, en ascenso.

En cuanto a la letra escrita, el escamoteo ha hecho de ella menos una herramienta del saber que un instrumento de la represión. El asombro del saber se transforma en temor. El deseo, de saber y saborear el placer —sexual en su origen y en su objeto—, sucumbe ante el régimen de dominación. No se presta atención a la *lettre dans la lettre* sino a la carta, al margen de su literalidad. Comparo mi versión resumida del relato con el texto del autor. He utilizado la palabra *falta*. Esta significa tanto carencia cuanto delito. Un aspecto crucial de la historia de la evangelización aparece en esta elección.

Atendiendo a la situación en que se encuentra el espectador de una representación teatral, Rank señaló que ciertos aspectos de la misma guardan

una relación estructural con la del infante en la escena primaria. Tal vez, todos los fantasmas converjan en esa escena de las escenas. Tras el texto leído se entrecruzan las escenas de la conquista española del Tawantinsuyo y la del advenimiento de la escritura. O, tal vez, la de la conquista de la oralidad por la escritura. La cópula del conquistador y la indígena, la conquista de lo andino por lo occidental, configuran las escenas primarias del autor y de su nación. Cuando el infante accede a la palabra, es decir cuando deja de serlo, puede hablar. Tras lo que dice yace la escena de la cópula de sus padres. Pero el fantasma originario sufre una modificación en la nueva transcripción. Las relaciones entre ambos órdenes, el de las primeras inscripciones sin las cuales hablar no es posible, y el de las que graban la marca de la palabra, no son continuas. Las relaciones entre la lengua hablada y la lengua escrita nos muestran esta discontinuidad. En la apropiación de lo vivido por el signo no se consigue la objetivación de los signos de la memoria, se logra apenas una transcripción. En este “cuento gracioso” que se refiere a las condiciones históricas de la recepción de la escritura se hace evidente el modo de implantar la letra y la ley y por consecuencia la necesidad de una intervención esclarecedora. Ni el libro por los suelos ni la exaltación de la letra; ni la voz ni la escritura; ni la idealización ni el dominio: analizar es, por encima de todo, un acto ético.

Habíamos destacado dos aspectos de la propuesta freudiana. Primero, por virtud de los dispositivos de la técnica, la situación analítica permite que se activen los efectos de la sobredeterminación. Los múltiples puntos de fuga de las asociaciones libres en su encuentro con la atención flotante producen una dispersión. Segundo, las hipótesis metapsicológicas de la época, referidas insistentemente a la relación entre lo inconsciente y el lenguaje usan analogías con sistemas de signos similares a la escritura. Esta se halla en la base de la metaforización teórica. Quiero ahora señalar algo más. La dificultad de dar cuenta de lo que ocurre en la situación analítica. El prólogo del *Análisis fragmentario de una histeria* hace referencia explícita a la tensión que se da entre lo que ocurre en el proceso analítico y el texto que intenta dar testimonio de ello. Freud subraya que la disyunción no se puede superar ni siquiera apelando al registro fonográfico del proceso. Rieff ha señalado las estrategias retóricas y literarias, la compleja composición narrativa que inaugura la escritura del caso Dora. Otro historial clínico, el del “hombre de las ratas”, ejemplifica la puesta en marcha de un deslizamiento lleno de consecuencias: la transformación que sufren las notas del tratamiento hasta llegar a la redacción final del caso. Los historiales clínicos van imponiendo un sesgo narrativo al “material”. El caso clínico sufre los efectos de la estructura narrativa. Así

se pretende sortear la imposibilidad de dar, mediante la escritura, testimonio fiel de lo que ocurre en la situación analítica. Sin embargo, se continúa escribiendo. Como ha observado Green: “Il s’agit bien de témoigner: d’abord de soi et d’ une praxis, dont le propre est justement que sa recension échappe, si authentique qu’on souhaite être, à toute restitution par l’écriture” (p.28) (1977).

Añadamos que ciertos efectos sustantivos del análisis, como por ejemplo, restituir los datos excluidos debido a la amnesia infantil, superar los efectos de la censura, reanudar las conexiones de sentido rotas, se podrían resumir diciendo que se trata de reestablecer una narrativa personal menos sometida a las operaciones defensivas. El analizando se encuentra al final de su análisis con una historia menos quebrada. Es necesario calificar esta apreciación. En el proceso psicoanalítico se trata menos de una historia que se reconstruye que de una narrativa que se actualiza en y por la interacción con el analista.

El contrato analítico permite que la situación analítica se instituya. Dentro de la relación se produce un texto problemáticamente cargado, sobredeterminado. La interpretación intenta acceder a signos anteriores a la palabra —hablada o escrita— inscritos de antemano, de los cuales se desgaja el deseo. Es también parte de la tarea analítica permitir al sujeto que se aproxime a ese punto en el que intuye que el lenguaje —que ha hecho que hasta lo más íntimo sea colectivo—, se interpone entre él y la verdad de su soledad. Otra cosa habita en ella. Un núcleo dinámico y conflictivo en el que pulsión y represión, eros y tánatos, deseo y angustia, narcisismo y relaciones de objeto, síntoma y sublimación, coexisten. Esto, indecible en sí, sólo puede expresarse mediante el lenguaje y sus fallas. Psicoanalizar(se) nos dice de una práctica que intenta romper el cerco del lenguaje. Al comunicarla se encierra nuevamente en él. La condición tropológica, el inescapable recurso a lo metafórico del texto que pretende dar cuenta del proceso, puede permitir que el lector se aproxime en algo a ese núcleo primitivo que configura lo inconsciente. Esta aproximación, que como las asíntotas tiende a una coincidencia imposible, puede rescatar del texto esa apertura que se produce cuando lo reprimido emerge y reclama sus derechos.

Sociedad Peruana de Psicoanálisis